



Historia de la Orden de Agustinos Recoletos

1. La Orden

Los orígenes

La Recolección Agustiniiana surgió de un modo de entender la vida agustiniana, que hunde sus raíces en la reforma tridentina y en el ansia de vivir una vida más perfecta. Entre 1540 y 1588 fueron apareciendo entre los agustinos españoles religiosos deseosos de trasplantar a su orden los ideales que estaban transformando la estructura espiritual e institucional de otras órdenes. Los primeros misioneros de México y Tomé de Jesús fueron sus principales representantes.

Tras varios intentos infructuosos su sueño, impulsado por Jerónimo de Guevara y Luis León y favorecido por Felipe II, comenzó a hacerse realidad en 1588. El día 5 de diciembre el capítulo provincial de Castilla, reunido en Toledo bajo la presidencia del cardenal Gregorio Petrocchini, general de la orden, mandó erigir en la provincia «tres o más monasterios de varones y otros tantos de mujeres en los que se practicase un género de vida más austera, la que, tras madura reflexión, reglamentase nuestro padre provincial con su definitorio».

El día 20 de septiembre de 1589 el consejo provincial aprobó su *forma de vivir*, redactada por fray Luis de León. Sus 14 capítulos giran en torno al espíritu de oración, a la igualdad que debe reinar entre todos los religiosos y a la ascesis.

Un mes más tarde, el día 19 de octubre, se instalaba en el convento de Talavera la primera comunidad recoleta. La componían ocho religiosos encabezados por Francisco Briones y José de la Parada. Su vida era pobre, austera y totalmente referida a Dios. La buena armonía entre calzados y descalzos facilitó la inmediata fundación de dos nuevos conventos en los pueblos vallisoletanos de El Portillo (mayo de 1590) y Nava del Rey (junio de 1591).

Tensiones muy comprensibles con los superiores de la provincia frenaron la marcha de los recoletos, pero no lograron detenerla. En 1596 se establecen en Madrid, donde no tardarían en construir su sede central; y en 1600, en El Toboso. Dos años más tarde Roma formaba con sus cinco conventos una provincia dedicada a san Agustín.

El espaldarazo romano reavivó las esperanzas de los recoletos. Con el apoyo del pueblo fiel afianzaron su presencia en Castilla y comenzaron a interesarse por otras regiones de España. Año tras año van dando vida a nuevos conventos en Aragón, Castilla, Cataluña, Extremadura, Valencia, La Mancha y Andalucía. En 1619 se establecieron en Roma.

Simultáneamente organizan el noviciado y los estudios propios, y sus ideales cruzan los océanos. El año 1604 inician su andadura en torno a la ermita colombiana de La Candelaria los primeros recoletos americanos. Al año siguiente los españoles se asocian a la vanguardia misional de la Iglesia zarmando para las lejanas tierras de Filipinas.

Difusión y afianzamiento

En 1621 les llegó la suspirada sanción pontificia. Por medio del breve *Militantis Ecclesiae* Gregorio XI elevó la provincia al rango de congregación y encomendó su gobierno a un vicario general. A finales de noviembre del mismo año el capítulo general de la nueva congregación, reunido en Madrid, eligió a su primer vicario y la dividió en cuatro provincias. Las tres primeras, localizadas en España, tendrían una fisonomía prevalentemente contemplativa. La cuarta, de carácter misional, comprendería los conventos y misiones de Filipinas.

La congregación continuaba bajo la jurisdicción del general de los agustinos, pero la presencia en ella de un superior supraprovincial, que visitaba regularmente sus comunidades y actuaba de juez de segunda instancia, fue erosionando su autoridad hasta alejarla del horizonte vital de sus religiosos. La urgencia de fortificar su identidad y transmitirla a sus sucesores les movió a ajustar su legislación al espíritu de la *Forma de vivir* y a cultivar la historia propia.



Fruto de estas aspiraciones fueron la redacción de nuevos textos constitucionales y litúrgicos, la composición de un manual que les sirviera de guía por los vericuetos de la oración mental y la aparición de la primera historia de la Recolectión. Entre 1621 y 1664 aparecieron tres ediciones de las Constituciones (1630, 1637 y 1664), dos del ceremonial (1621 y 1664), otras dos del ritual (1639 y 1650), un comentario a la Regla de san Agustín (1656), una colección de documentos pontificios referentes a la congregación (1664), el primer volumen de su *Historia General* (1664) y la *Teología mística* (1644).

Por los mismos años los recoletos completaron su estructura material. En 1621, al adquirir la categoría de congregación religiosa, casi todas sus comunidades estaban instaladas en albergues provisionales, pequeños y a menudo malsanos e inadecuados. En los decenios siguientes casi todos ellos logran su fisonomía definitiva, que conservaron casi intacta hasta su desaparición en 1835. Una buena parte de esos edificios fueron obra de fray Juan de la Virgen de la O (1565-1645) y de su hijo, el padre Lorenzo de San Nicolás (1593-1679), uno de los mejores arquitectos españoles de la época.

El triunfo del inmovilismo

Durante el siglo XVIII la tensión religiosa de la orden decrece ostensiblemente. No faltaron almas selectas ni grupos de religiosos que con su fervor y su entrega apostólica ennoblecieron sus viejas estructuras. Pero con demasiada frecuencia prevalecieron los motivos naturales, el legalismo y el recurso indiscriminado a la costumbre. El espíritu místico y misional merma en la misma medida en que crecen la aspiración a una vida más cómoda y la sed de títulos honoríficos con su letanía de privilegios y exenciones. Fruto y, a la vez, síntoma de esa languidez espiritual son el estancamiento numérico y territorial de la comunidad, la rutina y la decadencia de la vida común.

Entre 1688 y 1824 la comunidad no logra abrir ni una sola casa en España. A mediados del siglo XVII alcanzó la cifra de 1.500 religiosos y en ella se mantuvo durante siglo y medio. En 1808 había descendido a unos 1.100, de los que 900 vivían en España y los restantes entre Colombia y Filipinas. La actividad constructiva fue intensa, se afianzan algunas devociones propias (Virgen de la Consolación, santa Rita) y menudea más de lo justo la residencia de religiosos en parroquias y capellanías extraconventuales.

La Recolectión americana

La semilla recoleta, llegada a América en el equipaje de los misioneros, germinó en Colombia a la sombra de la Virgen de la Candelaria. A finales del siglo XVI el padre Mateo Delgado (1526-1631) entró en contacto con unos ermitaños que acababan de levantar en un paraje solitario una ermita a la Virgen de la Candelaria y les aconsejó que buscaran el apoyo de los superiores de su orden. Con él les sería fácil asegurar su pervivencia, convirtiendo la ermita en convento. Incluso podrían implantar en él la observancia recoleta.

El 12 de agosto de 1604 un delegado del provincial tomaba posesión de la ermita, imponía el hábito a los tres primeros aspirantes y nombraba superior al padre Mateo. Su sistema de vida quedó codificado en un breve reglamento, construido todo él con materiales provenientes del movimiento recoleto.

Pronto resultaron estrechos los muros de la Candelaria para alojar a cuantos deseaban abrazar el ideal recoleto. En 1606 uno de sus primeros novicios, el padre Alonso de la Cruz, acompañó al provincial en la fundación de un segundo convento en Cartagena. Seis años más tarde surgía el tercero en la ciudad de Panamá.

La vida de estos conventos fue muy agitada. Entre 1630 y 1651 cambiaron cinco veces de dueño, pasando de manos calzadas a manos recoletas y viceversa, hasta que los calzados renunciaron a cualquier derecho que todavía pudieran conservar sobre ellos. A lo largo de la contienda los recoletos colombianos buscaron siempre el apoyo de los españoles, con quienes se sentían identificados. En 1629 se incorporaron a la Recolectión española, aunque su afiliación definitiva sólo cuajaría al finalizar la contienda.

La lucha por la supervivencia no agotó sus energías. En 1635 dieron vida a sendas casas en Bogotá y Tunja y poco más tarde llegaron a Cartago (1644) y Honda, puerto fluvial sobre el Magdalena, que era el mejor punto de unión entre sus conventos caribeños y los de la meseta central.



Otras fundaciones de Colombia, Panamá, Ecuador y Venezuela no lograron consolidarse. Más fortuna tuvieron sus esfuerzos por trasplantar la Recolectión a Lima y Misque (Bolivia), donde en 1617 y 1623 surgieron sendas *Recoletas*.

Durante dos siglos los recoletos colombianos vivieron una vida serena, sin altibajos ni relieves notables. De ordinario eran unos cien religiosos, que alternaban el retiro conventual con la actividad apostólica. Participaron en las misiones populares y todos sus conventos tenían iglesias muy concurridas.

Entre 1626 y 1638 protagonizaron una hermosa empresa misional entre los indios de Urabá y Darién. La de Urabá terminó en 1632 con la muerte violenta de tres religiosos. Luego trabajaron en el Chocó, en la isla caribeña de Santa Catalina, en la desembocadura del Orinoco y en Casanare, a donde llegaron en 1662.

Entre guerras y revoluciones

El siglo XIX fue un siglo difícil, de crisis religiosa y persecución política, en que la orden careció de libertad para programar su vida. Comenzó con la invasión napoleónica y concluyó con la revolución filipina. Entre ambas fechas sendas desamortizaciones desmantelaron su estructura material en España (1835) y Colombia (1861) e impusieron a la orden entera un nuevo perfil espiritual y apostólico.

La Guerra de la Independencia (1808-14) aceleró la decadencia iniciada durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Algunos conventos fueron arrasados, otros sufrieron graves quebrantos y todos quedaron desiertos. Algunos de sus religiosos se alistaron como capellanes de la guerrilla, dos docenas conocieron las amarguras del destierro y algunos menos murieron a manos de los franceses. El más conocido fue el padre José de la Consolación, héroe de los sitios de Zaragoza. Otros cayeron víctimas del hambre, la peste y las penalidades.

Al finalizar la guerra, la restauración resultó extremadamente difícil. Los conventos estaban inhabitables, la congregación carecía de medios para repararlos y los religiosos, acostumbrados a la libertad, no se sentían con ánimos para reanudar la vida común. La brutal desamortización de Mendizábal (1835) terminó por anular toda posibilidad de reconstrucción. En pocas semanas la orden perdió 32 de sus 33 conventos españoles. Sólo sobrevivió el de Monteagudo, fundado unos años antes por la provincia de Filipinas.

Los religiosos, expulsados de sus conventos y despojados de sus hábitos, quedaron convertidos en clérigos. No faltaron, sin embargo, algunos que conservaron en sus corazones el rescoldo recoleto. Uno de ellos, el padre Gabino Sánchez, dirigió durante 29 años (1862-91) la barca de la Recolectión por aquellas aguas procelosas. Con su ejemplo y sus enseñanzas mantuvo vivo su espíritu, aseguró su unidad y logró la restauración de la provincia colombiana, reducida a un estado agónico tras los decretos del general Mosquera (1861). En esa obra contó con la colaboración de la provincia de San Nicolás, que entre 1888 y 1898 envió 65 religiosos a Colombia.

Rumbo a América

En 1898 un nuevo embate puso a dura prueba la solidez de la Recolectión: 34 religiosos murieron a manos de los revolucionarios filipinos y otros 84 dieron con sus huesos en la cárcel. Los demás se refugiaron en Manila o huyeron precipitadamente a España.

En pocos meses la congregación, que todavía mantenía en Filipinas al 80% de sus miembros activos, se encontró con 300 religiosos desocupados y desesperanzados. Sólo los más magnánimos fueron capaces de reaccionar y con su esfuerzo y abnegación abrieron a la congregación horizontes más amplios.

A mediados de 1899 ya andaban por Panamá, Venezuela y Brasil más de 40 religiosos. Otros organizaron centros apostólicos en España y cargaron con la responsabilidad de reorientar el futuro de la congregación. Poco a poco renace la esperanza. En 1904 se reabre el noviciado y en 1908, tras la creación de la provincia de Nuestra Señora del Pilar (1907), se reanudan los capítulos generales, interrumpidos desde 1829.



La plena autonomía jurídica

Reunido en el histórico monasterio de San Millán (1908), el capítulo general normalizó el gobierno de la congregación, declaró que su fin actual era “el apostolado en todas sus manifestaciones” y mandó acomodar a él las constituciones. Cuatro años más tarde, el 16 de septiembre de 1912, san Pío X abrogaba los lazos jurídicos que todavía la ligaban con los agustinos y la declaró orden independiente.

El breve de Pío X puso fin a una etapa anómala de la Recolección y reavivó su espíritu corporativo. Creció el interés por las tradiciones propias y aumentó su capacidad de sintonizar con las orientaciones de la Iglesia y las necesidades de la sociedad. En 1917 se estableció en Estados Unidos y, a renglón seguido, en Argentina (1925), República Dominicana (1927), Inglaterra (1932), Perú (1939), México (1941), Guatemala (1958) y Costa Rica (1963). Durante algún tiempo también estuvo presente en Puerto Rico (1927-48), El Salvador (1958-60), Nicaragua (1958-88), Guam (1963-89?) y Alemania (1965-79).

Expansión por la geografía española

En 1898 la orden sólo poseía en España la residencia madrileña de la curia general y tres colegios destinados a la formación de sus religiosos. En 1899 se estableció en Granada, Motril y Puente la Reina; y, entre 1902 y 1908, en Sos del Rey Católico, Lucena, Falces, Sigüenza, Zaragoza y Berlanga de Duero (Soria). Entre 1912 y 1954 abrió otras 18 casas, pero, a excepción de las de Badalona y Chiclana, sólo se consolidaron las siete destinadas a seminarios: Monachil, Lodosa, Ágreda, Artieda, San Sebastián, Martutene y Fuenterrabía. De 1931 a 1939 sufrió una auténtica persecución que la obligó a cerrar algunas casas y en la que fueron asesinados ocho religiosos. Recientemente han sido beatificados los siete pertenecientes a la comunidad de Motril.

La presencia actual de la orden en España se ha fraguado en la segunda mitad de este siglo. En 1954 inauguró una gran iglesia en Madrid y en los años siguientes fueron surgiendo conventos, parroquias, colegios y residencias universitarias en el mismo Madrid, Granada, Salamanca, Valladolid, San Sebastián, Valencia, Zaragoza y otras poblaciones menores.

En respuesta al llamamiento misional de Pío XI, la orden acrecentó su presencia en las antiguas misiones de Filipinas y Colombia y abrió cuatro nuevos territorios en China (1923), Brasil (1925 y 1928) y Colombia (1927).

Hacia 1925 crece el interés por las vocaciones autóctonas. Años más tarde, estimulada por las crecientes necesidades educativas de la sociedad, entró oficialmente en el campo de la enseñanza. Entre 1941 y 1966 fundó colegios en Filipinas, Venezuela, Brasil, Colombia, Argentina, España, Panamá, Estados Unidos, etc. En la actualidad la orden regenta dos universidades, tres colegios de rango universitario, y una treintena de colegios de primera y segunda enseñanza. En ellos unos 200 religiosos atienden a más de 70.000 jóvenes.

Estas nuevas tareas no comprometieron su antigua vocación misionera. Entre 1963 y 1966 la orden se instaló en Taiwán y asumió las prelaturas de Chota (Perú), Bocas del Toro (Panamá) y Ciudad Madera (México). En diciembre de 1996 entraba por vez primera en el continente africano enviando a Sierra Leona a un grupo de cinco misioneros.